

Ragghianti (1963) o Dorigo. El autor no parece haberse enterado de los múltiples rechazos a tales tesis que han venido siendo formulados desde 1952 ni de la existencia de quienes nos expresamos en este sentido. Ante tal disparidad de método y criterio no cabe entrar en discusiones. La visión del autor parece monocular y encerrado en su universo bícromo prescinde de sus relaciones con lo polícromo, p. e. el «estilo florido» y su contrapartida norteafricana, que ya glosaran G. Ch.-Picard y Becatti. Con tales premisas es imposible intentar una valoración de la obra que, a mi juicio, queda en un inventario de cierta utilidad pero que podía haber sido editado con menor extensión y precio más asequible.—ALBERTO BALIL.

BROONER, Oscar, *Isthmia III (Terracotta Lamps)*, Princeton, The American School of Classical Studies at Athens, 1977, 4.º, XII-11 pp., XL láms.-A.

Con este libro a juzgar por el prólogo, el profesor Brooner parece despedirse tanto de la próxima publicación de estudios sobre lucernas, mejor *lych noi* en este caso como de publicar otros volúmenes sobre sus excavaciones en la sede de los Juegos Istmicos.

Hace medio siglo que el profesor Brooner publicó sus lucernas de Corinto (*Corinth*, IV, 1940). Este recensor debió cumplir por aquellas fechas los dos años pero fueron necesarios casi veinticinco para que en España, y por vía indirecta, alcanzáramos a tener la noticia de la existencia de Almeida y gracias a las láminas reproducidas por un investigador portugués cuyos recensores españoles, invocando el nombre de Loeschcke y por ello «confundiendo ciruelas con manzanas» no le trataron demasiado bien. Vivíamos en una fiebre de esquema tipológicos fijos, confundiendo la tipología como seriación, tipo Montelius, cronológica con la tipología «muestra» o «catálogo». Me compadezco hoy del pobre opositor que, como Montelius en su día, intentara justificar ante un tribunal de oposiciones, la validez cronológica del método tipológico aduciendo las modificaciones de los coches de pasajeros en los Reales Ferrocarriles Suecos. Pero aunque Montelius era capaz de hilar más fino, por obvias razones intelectuales, tales personajes no captan la existencia de series paralelas. Montelius no era ingeniero de ferrocarriles pero siempre advirtió que tales «cambios» suecos no coincidían ni con los de las innumerables líneas británicas ni los ferrocarriles imperiales rusos. Pero esto gusta o parece gustar a algunos. Aún se publican ciertos libros, en general de poca consistencia, donde lo importante de un estudio sobre lucernas no es el estudio, es que el autor «aporte o no una nueva tipología». Tampoco es muy sorprendente puesto que para ciertas personas la arqueología es una forma, más o menos rediticia de la filatelia. Recordando al llorado Lafaurie hay demasiado ciudadano que cree que hacer un estudio es, como en el caso de Cohen, dedicar un esfuerzo, útil en tiempos, a redactar una especie de guía telefónica donde los números son substituidos por cotizaciones. En el campo de las lucernas aún no se ha llegado a ésto pero si siguen cultivándolo algunas personas no sé donde llegaremos. Habrá que establecer una especie de «bolsa de comercio» para la contratación de FORTIS, COMMVNIS o C.OPPI.RES en sus variantes decoradas, sin decorar, «Vogel kopf», Kurtzform, nexos o no nexos símbolos..., etc. Algunas personas podrían dedicarse a ello en vez de escribir ciertos libros que no parecen tener otra razón que, cual si de dinastía se tratara, asociar su apellido a un número romano.

Este no es el caso del presente libro. Brooner acepta los resultados obtenidos en el Agora de Atenas, en Argos y en Delos, la labor de Oziol en Salamina no parece haberle sido asequible, pero mantiene en general los principios establecidos al estudiar las lucernas de Corinto y que, por mi parte, considero aceptables.

Ahora bien, si en ciertos momentos ha podido existir una cierta «frontera» para las cerámicas de mesa de época imperial a la altura del «Canal de Sicilia» más «incomunicación», a mi juicio, que «frontera» y por ello seguimos «arrastrando» denominaciones tan pintorescas como las de «sigillata clara» y tantas que sólo sirven para llamar lo mismo con nombres diferentes y fomentar «ceremonias de la confusión» las cosas no parecen funcionar igual en el caso de las lucernas. La «frontera» en este caso debe ser el «canal de Corfú» pero me parece una frontera un tanto especial. Repertorio decorativo e incluso tipos parecen intercambiarse, en parte un punto de contacto debe ser el de ROMANESIS en el mercado italiano y, quizás, KELCEI, después los talleres africanos con productos que si bien documentados en Cartago, evocan talleres áticos o corintios. De todos modos las firmas de ceramistas griegos, con procedencia segura, son escasísimas al W. de Corfú y apenas debieron alcanzar las ciudades costeras de Dalmacia y poco o nada el área del Danubio, el libro de Ivanyi me parece singularmente probativo en este sentido. Sin embargo una, poca o mucha, generalmente reducida, aparición de materiales con marcas de ceramistas occidentales ha aparecido en Corinto o en el Agora, obviamente no en Delos ni Argos, y en algún que otro lugar del Oriente griego. En el caso del Santuario Istmico, aparte algún tema decorativo, no se documenta ninguna marca de ceramista occidental o, al menos, en alfabeto latino. No creo, en contra de lo que se ha dicho en algunas ocasiones, que la razón deba buscarse en la capacidad de producción aceitera. La mayor parte de los primeros productores de «Firmalampen» aparecen en una de las regiones menos aceiteras de Italia. No creo tampoco que ROMANESIS, a quien de hecho, sino de derecho, podemos considerar el «padre de las lucernas de volutas» viera garantizada su producción como consecuencia de la producción aceitera local. Su exportación parece indicar algo un tanto distinto. Este, y otros problemas tendrán que ser meditados en el futuro si no nos continuamos obligados a seguir considerando las lucernas como un mero juego tipológico-cronológico, y las cronologías «oficiales» hace un ventenio han naufragado completamente, y ver en ellas un aspecto económico siguiendo lo que para el campo concreto de las ánforas olearias señalara Carandini. —ALBERTO BALLI.

HAYES, John W., *Ancient Lamps in the Royal Ontario Museum*, I (Greek and Roman Caly Lamps), Toronto, Royal Ontario Museum, 1980, fol., 226 pp., LXVIII láms.

Durante años el «Royal Ontario Museum» de Toronto ha sido, probablemente, uno de los conjuntos arqueológicos menos conocidos en lo que respecta al mundo mediterráneo. Algo podía atisbarse en algunas publicaciones de Iliffe pero siempre referidas a temas concretos, monográficos y que daban a intuir una riqueza de fondos más amplia de lo supuesto. Hoy, afortunadamente, empiezan a aparecer los primeros volúmenes de una serie de catálogos temáticos. En ella es, por ahora, evidente, el carácter coyuntural de la formación de tales colecciones y el predominio del mundo egipcio así como las incertezas de las procedencias, como no podía dejar de ser dadas las condiciones en las que se formaron dichas series.

La inteligencia y habilidad de John W. Hayes se muestra claramente en estos volúmenes. Hayes es, a mi juicio, una de las mentes más lúcidas hoy existentes en la investigación arqueológica, singularmente en lo que se refiere al área mediterránea. Con ciencia e inteligencia ha sabido romper, aunque a algunos les duela, lo que otros llamábamos, con «sorna, befa y mofa», las «puertas de hierro del estrecho de Sicilia» que obligaban a distintas nomenclaturas para una misma especie cerámica. Creo que en España seguimos